

NO HAGÁIS RUIDO EN TORNO DE ELLA, PORQUE ANDA EN BATALLA DE SENCILLEZ

Pedro Pablo Zegers

Discurso en Guanajuato, Mexico Octubre 2015

Conmemoración 70 años del Premio Nobel a Gabriela Mistral

El poeta e hispanista chileno, Roque Esteban Scarpa, uno de los primeros estudiosos de la obra de Gabriela Mistral, escribió acerca de la misión de la maestra de Elqui en México: “El poeta Enrique González Martínez, Embajador de México (o Ministro Plenipotenciario, que era su denominación real, aunque sus funciones fueran idénticas), ante el Gobierno de Chile, interesó a José Vasconcelos, esa gran figura del pensamiento de su patria, que estaba empeñado en una reforma educacional, a que pidiera la colaboración para esa obra de una maestra chilena que, por esos años, estaba seriamente pensando buscar otros aires para su espíritu, tentada desde la Argentina por Constancio C. Vigil, que le ofrecía la dirección de varias revistas. Para bien de Gabriela, para bien de Chile, México tenía como su representante oficial a un poeta, y como Ministro de Educación a un intelectual de gran valía, diseminador de la cultura universal bajo el sello de la Universidad Autónoma, en unos libros de tapa verde, que llevaban como lema "por mi raza hablará el espíritu", y que gracias también a Gabriela, en cuarenta colecciones llegarían a los liceos de Chile. Esto lo escribo con singular emoción porque en mi tierra natal de Punta Arenas pude llegar a Esquilo y a Platón, en ellos. La gestión de González Martínez y de Vasconcelos se concretó en una invitación oficial para Lucila Godoy Alcayaga a colaborar en la reforma educacional, especialmente en la que tenía relación con lo rural y las preocupaciones por la masa indígena. México hizo mucho bien al alma de Gabriela, porque conoció el respeto que merecía su personalidad, la admiración hacia su obra. Vale tanto que, estando ella en esas tierras, hayan creado una escuela que llevó su nombre, le hayan erigido ante sus ojos una estatua, así como el gesto maravilloso de aquella escena que se cuenta: Gabriela leía unos poemas en un teatro atestado de gente sencilla; era tal la emoción que iba creando, que un humilde campesino le gritó desde el balcón su deseo de saludar a la señorita; al descender y llegar al escenario, frente a ella se sintió cohibido y toda su espontaneidad se cambió en turbación. Gabriela quien vio en ese hombre toda la grandeza del trabajador humilde, capaz de sentimientos nobles, de arranques y temores, e inclinándose ella le tomó sus manos y se las besó, como quien besa simbólicamente toda la tierra y todos los seres que la pueblan. Gestos así enamoraron

al pueblo que le dio dos años de paz, posibilidades de ejercer, sin sujetarse a normas ministeriales estrechas, su sentido humanismo de la educación, otra manera de vida y de deseo de dignificación del indio y del pobre”.

Por eso la decisiva importancia de México en su vida. Quizás algunos de los años más felices de su vida los vivió en este país generoso que le recordaba su querido Valle de Elqui.

Gabriela se embarca en Valparaíso en el vapor *Orcoma* el 22 de Junio de 1922. La acompañan su amiga Laura Rodig y Amantina Ruiz. A su paso por Lima, en viaje a México, Gabriela concede una entrevista al diario *La Crónica* de Lima del 2 de Julio. En esa nota se recogen parte significativa de los intereses culturales y literarios de Gabriela.

Se lee en el diario:

“La noticia de que en el *Orcoma* viajaba, rumbo a México, uno de los más altos valores literarios de la América Española, esa admirable sensitiva conocida en el mundo de las letras, con el nombre de Gabriela Mistral, nos llevó a bordo de la nave inglesa, con el objeto de conocerla, de saludarla a nombre de la prensa capitalina, y rendirle el homenaje de nuestra admiración a mujer de tan firmes y acusados relieves.

¿El objetivo de su viaje? Inquirimos.

Viajo por invitación del Ministro de Educación de México, el notable pensador doctor José Vasconcelos, con el objeto de dar en esa capital una serie de conferencias literarias y de educación, durante mi permanencia en ella, que será de seis meses”... Serían dos años y en Vasconcelos encontraría un alma afín...

El gobierno mexicano le ofrece a Gabriela participar en el programa educativo dirigido por el filósofo y ministro de educación, José Vasconcelos. Gabriela acepta el ofrecimiento y parte con Laura Rodig, que la acompaña en calidad de secretaria. En México es recibida por el poeta Jaime Torres Bodet y por la también maestra Palma Guillén, a quien más tarde dedicará su libro *Tala* como reconocimiento a la profunda amistad que surge entre las dos. La escritora recibe un cálido homenaje a su llegada, donde no solo le esperan las autoridades del país, sino también numerosos niños que la aclaman. Lagrimas de emoción deben haber corrido en su rostro... Ella que fue rechazada, en más de alguna oportunidad, en su propio país, era recibida con gran cariño...

“Bienvenida sea usted con entusiasmo y con júbilo. Desde ahora contamos con un día más de glorias los mexicanos. Orgullo y alegría sentimos de tenerla entre nosotros y de saber que usted nos ama y nos desea bien... Ahora por fin llega usted, emisaria,

corazón que rebasa su patria en busca de las veinte naciones dispersas para juntarla en un solo generoso amor”, decía en un cable un saludo del Ministro Vasconcelos.

Gabriela acusa el impacto que le produjo este recibimiento y escribe poco después en una carta privada al crítico literario chileno Hernán Díaz Arrieta, Alone: “Todo esto con ser mucho, es menos para mí que una cualidad mexicana que me llena de complacencia; la sencillez absoluta, una sencillez afectuosa que es la virtud más rara de encontrar en mi raza chilena. ¡Me han ganado el corazón!... Yo desearía sentir alguna extrañeza; hasta aquí no la tengo. El tipo popular se parece al nuestro; el clima tiene la dulzura de mi provincia... Le diré cuál ha sido mi impresión más fuerte. No fue lo de la escuela, a pesar de que es tan hermoso. Fue esta: llegué a la casa que me han instalado en el campo. Subí a su azotea. El horizonte es inmenso y sentí un abrazo de la luz del cielo y un abrazo del silencio de todos los campos que me rodean. Por primera vez en dieciocho años sé que puedo trabajar en paz, sin el toque de campanilla de cada hora, sin la angustia económica que me turba la vida perennemente. Alabé a Dios y bendije con todo mi corazón a esta tierra ajena que me da semejante paz”.

Desde un principio el trabajo fue afanoso. En una carta escrita a Eduardo Barrios en 1923 le dice: “Hace dos meses que vivo en un ajeteo del que no puedo darle una idea. Cada día es una visita a una escuela o a un pueblecito i todo eso significa una clase, muchos discursos, i un oír cosas que me dan vergüenza, vergüenza verdadera. Esta jente quiere a los poetas, los siente personas decentes, hasta seres de selección; pero hacen tantas invitaciones. ¡Dios mío!”.

Una de sus biógrafas y coterránea, Marta Elena Samatan escribió: “Treinta y dos años cumplidos tenía Gabriela Mistral cuando llegó a México y ya contaba con casi veinte años de servicios en la enseñanza. De auténticos servicios diariamente prestados frente a niños o adolescentes. Al aceptar la invitación del gobierno mexicano, sabía muy bien que ese viaje no iba a ser una agradable excursión que le permitiera descubrir nuevos horizontes, sino un compromiso de trabajo que debía cumplir a conciencia”. Gabriela recorre el México rural y escribe: “Esto en donde no estoy, / en el Anáhuac plateado, / y en su luz como no hay otra/ peino un niño de mis manos. / En mis rodillas parece / flecha caída del arco, / y como flecha lo afilo / meciéndolo y canturreando (...) Me miran con vida eterna / sus ojos negri-azulados, / y como en costumbre eterna, / yo lo peino en mis manos”.

En el prólogo de su *Lecturas para mujeres*, obra que prepara a petición de la Secretaría de Educación, Gabriela hace alcances de su misión en México. “Ha sido para

la pequeña maestra chilena un honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el extranjero por una labor constructiva de educación que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales valor, sino por la mano que la otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, y, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como al pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del licenciado señor Vasconcelos el don de una escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único periodo de descanso que he tenido en mi vida”.

El tema mexicano será inagotable para Gabriela. Durante los dos años de su permanencia en el país prodigó comentarios que fueron apareciendo en diarios y revistas en todo el continente. Ya era la descripción de una puerta colonial o unas glosas sobre escritores o artistas “o bien su voz de protesta por la obtusa incomprensión de ciertos sectores hacia la patria de Benito Juárez”, precisa Samatan.

El impacto de México en Gabriela es profundo y variado. En verdad, impresiona la cantidad de intereses que queda de manifiesto en numerosos trabajos y crónicas, que dan cuenta de desde descripciones de la naturaleza; la gente, las costumbres, hasta aspectos relativos a la situación política. En esos comentarios, Gabriela seguirá con su metodología de siempre: en cada uno de ellos imprime su mirada interior, sus certezas más profundas.

Pedro Prado escribió en el tiempo de su partida a México unas páginas que describen a la maestra de cuerpo entero: "Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo... Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya. La dulzura de su voz a nadie le es desconocida, en alguna parte créese haberla escuchado, pues, como a una amiga, al oírla se le sonríe... ¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!... No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez...”.

Gabriela abandona México, país que le deja un recuerdo imborrable. México fue realmente un refugio, un oasis de paz. Allí encontró amigos fieles que la iban a acompañar siempre a través del tiempo y la distancia, como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet,

Enrique González Martínez, y muy especialmente, Palma Guillén. El ambiente cordial que la rodeaba le permitió trabajar intensamente como maestra y como escritora.

Las autoridades educativas le erigen un monumento como reconocimiento a su labor en estos dos años. Una de las despedidas memorables fue el realizado en el parque de Chapultepec, donde sus rondas fueron entonadas por un coro de cuatro mil voces infantiles. Nunca lo olvidaría.

Desde México se dirige a Estados Unidos, donde dicta conferencias en diversas universidades norteamericanas. Luego recorre Francia, Suiza —lugar en que se entrevista con Romain Rolland—, España e Italia —donde conoce a Giovanni Papini—. Marta Elena Samatan sostiene que “cuando Gabriela se fue de México llevaba atesorados los recuerdos mexicanos y éstos iban a infiltrarse en su poesía cuando no la inspiraban directamente”.

Uno de sus poemas, está dedicado al maíz. Gabriela, lo lee en un tono especial, un tono mexicano, a pesar de que el maíz era para ella un recuerdo de infancia de su valle natal.

*“El maíz de Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento que huye
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña
el Quetzalcóatl verde
de las colas trabadas
que lamen y que hieren...
...
Maizal hasta donde
lo postrero emblanquece,
y México se acaba
donde el maíz se muere” ...*

Gabriela sólo volvió a México, transitoriamente, en la década de los años 40. En 1948 y 1949, tiene la posibilidad de una estadía en Veracruz, donde el Presidente Alemán

dispone la Hacienda “La Orduña” para la poetisa chilena. Sería su último reencuentro con este país que amó.

¿Por qué Gabriela no regresó a México a vivir sus últimos años? ¿Por qué eligió Estados Unidos? Creo que los afectos de personas y de países que tenía Gabriela los guardaba en la memoria de su corazón. Marcados a fuego. Por eso que cuando la tormenta arreciaba y la barca parecía encallar, Gabriela se refugiaba en su mundo interior, en ese que era plenamente feliz.

Por eso, al alejarse de las costas mexicanas, a bordo del buque *Patria*, Gabriela expresa:

“Gracias a México por el regalo que me hizo de su niñez blanca; gracias a las aldeas indias donde viví segura y contenta, gracias al hospedaje no mercenario, de las austeras casas coloniales donde fui recibida como hija; gracias a la luz de la meseta que me dio salud y dicha; a las huertas de Michoacán y de Oaxaca, por sus frutos cuya dulzura va todavía en mi garganta; gracias al paisaje línea por línea y al cielo que, como en un cuento oriental, pudiera llamarse, siete suavidades”. Y añade algo más relacionado con su ejercicio de maestra: “Pero gracias sobre todo, por estas cosas profundas: viví con mi norma: enseñando tuve siempre el señorío de mí misma; dije con gozo mi coincidencia con el ambiente, muchas veces, pero dije otras mi diversidad. No se me impuso norma de trabajo: tuve la gracia de elegirlo; cuidaron de no darme fatiga, tal vez, porque me vieron interiormente rendida”. Y con emoción termina: “Nada de la patria me faltó, y si la patria fuese protección pudorosa, delicadísima, México fuera Patria mía también”.